



Prólogo

Vasco Borden, de cuarenta y cinco años, alisó las solapas de la americana y enderezó la corbata al tiempo que avanzaba por el lujoso pasillo alfombrado. No estaba acostumbrado a llevar traje; por suerte disponía de aquel, azul marino, especialmente diseñado para disimular su constitución musculosa. Borden era corpulento, medía casi un metro noventa y cinco y pesaba ciento diez kilos. Había sido futbolista y a la sazón trabajaba como investigador privado; su especialidad era capturar fugitivos. En aquel preciso momento, Vasco andaba detrás de un hombre, un investigador de posdoctorado de treinta y cinco años, medio calvo, que había huido de la empresa MicroProteconomics de Cambridge, Massachusetts, y se dirigía a la sala principal del congreso.

La edición de 2006 del congreso BioChange, cuyo lema era la entusiástica expresión «¡Hazlo posible ya!», se celebraba en el hotel Venetian de Las Vegas. Los dos mil asistentes desempeñaban todo tipo de funciones dentro del mundo de la biotecnología; entre ellos había inversores, directores de recursos humanos que contrataban a científicos, directores de departamentos de transferencia de tecnología, directores generales y abogados especialistas en propiedad intelectual. De una u otra forma, prácticamente todas las empresas de biotecnología de Estados Unidos se encontraban representadas.

Era el lugar ideal para que el fugitivo se reuniera con su contacto. El hombre tenía aspecto de bobalicón. Su rostro de expre-



sión inocente lucía una perilla mínima y su andar desgarbado le confería cierto aire de timidez e ineptitud. Pero la verdad era que se había escabullido con doce embriones transgénicos en un termo criogénico y los había transportado desde la otra punta del país hasta el congreso, donde planeaba entregárselos a aquel para quien trabajaba.

No era la primera vez que un investigador de posdoctorado se cansaba de trabajar como asalariado. Y tampoco sería la última.

El fugitivo se dirigió al mostrador de recepción para obtener su tarjeta de identificación y colgársela del cuello. Mientras Vasco se paseaba junto a la entrada, se pasó la cinta de su propia tarjeta de identificación por la cabeza. Había acudido bien preparado. Simulaba estar leyendo el panel de intervenciones.

Las conferencias más importantes tendrían lugar en el salón principal. Los seminarios previstos llevaban por título «Mejorar el proceso de selección», «Estrategias decisivas para conservar el talento en la investigación», «Retribución de directivos y dividendos de acciones», «La estrategia de dirección empresarial y la Comisión de Intercambio y Valores», «Las tendencias en el registro de la propiedad industrial», «Los grandes inversionistas: ¿beneficio o perjuicio?» y, por último, «La piratería de los secretos comerciales: ¡protéjase ya!».

La mayor parte del trabajo de Vasco guardaba relación con empresas de alta tecnología. Había asistido con anterioridad a conferencias como aquellas; siempre tenían que ver con la ciencia o con el mundo empresarial. Las actuales eran del segundo tipo.

El fugitivo, que respondía al nombre de Eddie Tolman, lo sobrepasó y entró en el salón de actos. Vasco lo siguió. Tolman avanzó unas cuantas filas y se acomodó en un asiento solitario. Vasco se deslizó en la fila posterior y eligió un asiento que distaba unos cuantos del fugitivo. Tolman comprobó los mensajes de texto del móvil, luego pareció relajarse y alzó la cabeza dispuesto a escuchar el discurso.

Vasco se preguntó por qué motivo lo hacía.



El hombre que se encontraba en el podio era uno de los capitalistas de riesgo más famosos de California, un auténtico mito de las inversiones en alta tecnología. Se llamaba Jack B. Watson. Su rostro apareció proyectado a gran tamaño en la pantalla que Vasco tenía detrás; su bronceado característico y su imponente atractivo físico se ampliaron hasta llenar la sala. Watson era un hombre de cincuenta y dos años con aspecto juvenil, que cultivaba diligentemente su reputación de capitalista con conciencia. En los acuerdos financieros que había cerrado a lo largo de su carrera no había mostrado un ápice de piedad. No obstante, los medios de comunicación lo presentaban continuamente dando conferencias en escuelas concertadas o concediendo becas a los alumnos menos privilegiados.

Sin embargo, Vasco sabía que lo que el público de aquella sala tenía presente ante todo era la «buena» reputación de Watson para cerrar los tratos más difíciles. Se preguntaba si el hombre sería lo bastante despiadado como para adquirir una docena de embriones transgénicos por medios ilícitos. Suponía que sí.

No obstante, el papel de Watson en aquel preciso momento era más bien de animador.

—La biotecnología está en auge. Nos encontramos a punto de presenciar el mayor crecimiento de un sector empresarial desde la expansión informática de hace treinta años. La empresa de biotecnología más grande que existe, Amgen, de Los Ángeles, cuenta con siete mil empleados. El gobierno federal concede cada año más de cuatro mil millones en becas para estudiar en universidades, desde Nueva York hasta San Francisco y desde Boston hasta Miami. Los capitalistas de riesgo invierten en las empresas del sector biotecnológico a razón de cinco mil millones anuales. La perspectiva de disponer de remedios magníficos gracias a las células madre, las citocinas y la proteómica está atrayendo a este terreno a los cerebros más brillantes. Y si se tiene en cuenta el hecho de que la población global envejece por momentos, el futuro se presenta más halagüeño que nunca. Pero eso no es todo.

»Hemos llegado a un punto en que podemos permitirnos poner en su sitio a la gran industria farmacológica, y sin duda lo



haremos. Esas empresas gigantescas y hinchidas nos necesitan y lo saben. Necesitan genes, necesitan tecnología. Ellas forman parte del pasado, en cambio nosotros representamos el futuro. ¡Estamos donde está el dinero!

Aquello suscitó un gran aplauso. Vasco acomodó su corpulenta figura en el asiento. La audiencia aplaudía, aunque sabía que aquel hijo de puta reduciría sus empresas a la nada en cuestión de segundos si le pareciera conveniente.

—Por supuesto, algunos obstáculos dificultan nuestro progreso. Algunas personas, por muy buenas intenciones que crean albergar, deciden plantarse en medio del camino del avance humano. No quieren que los paralíticos anden, ni que los afectados de cáncer mejoren, ni tampoco que los niños enfermos sobrevivan y puedan jugar. Esas personas tienen sus motivos para poner objeciones: religiosos, éticos o incluso prácticos. Pero sean cuales sean sus razones, el hecho es que se ponen de parte de la muerte. ¡Y no triunfarán!

Más aplausos atronadores. Vasco miró al fugitivo, a Tolman. El tipo volvía a comprobar su móvil. Era evidente que esperaba un mensaje, y que lo esperaba con impaciencia.

¿Significaría aquello que su contacto llegaba tarde?

Seguro que la situación inquietaba a Tolman, porque en algún lugar aquel hombre había escondido un termo de acero inoxidable que contenía nitrógeno líquido para conservar los embriones. En su habitación no estaba; Vasco ya lo había buscado allí. Habían pasado cinco días enteros desde que Tolman saliera de Cambridge.

La sustancia refrigerante no duraría por siempre; y si los embriones se calentaban, no servirían para nada. Así que, a menos que Tolman contara con algún modo de reponer el LN2, debía de estar ansioso por sacar el recipiente de su escondrijo y entregárselo al comprador.

Tenía que ocurrir pronto.

Al cabo de una hora como máximo. Vasco estaba seguro.



—Por supuesto, la gente tratará de impedir el progreso —continuó Watson desde el podio—. Incluso las compañías más importantes se ven implicadas en litigios inmotivados e improductivos. Una de mis nuevas empresas, BioGen, con sede en Los Ángeles, ha tenido que presentarse ante el tribunal porque un hombre llamado Burnet cree que no debe cumplir los contratos que firmó de su puño y letra. Resulta que ha cambiado de idea. Burnet tiene intención de impedir el progreso médico si no le pagamos. Es un extorsionador, y su hija es la abogada que lo representa. Así todo queda en familia. —Watson sonrió—. Pero ganaremos el caso. ¡Nada puede detener el progreso!

En aquel momento, Watson levantó las manos y las agitó en el aire mientras el aplauso de la audiencia invadía la sala. Vasco pensó que se comportaba casi igual que un candidato político. ¿Sería aquello a lo que aspiraba? A buen seguro, el tipo tenía suficiente dinero para optar a ser elegido. La riqueza era algo imprescindible en la política estadounidense del momento. Muy pronto...

Levantó la cabeza y se percató de que Tolman había desaparecido.

El asiento estaba vacío.

¡Mierda!

—El progreso es nuestra misión, la vocación a que consagramos nuestra vida —aseguró Watson, alzando la voz—. ¡El progreso ha de derrotar a la enfermedad! ¡El progreso ha de detener el envejecimiento, desterrar la demencia y alargar la vida! ¡Una vida libre de enfermedad, de decaimiento, de dolor y de miedo! ¡El gran sueño de la humanidad! ¡Hecho por fin realidad!

Vasco Borden no lo escuchaba. Caminaba junto a la hilera de asientos hacia el pasillo lateral y escrutaba las salidas. Vio unas cuantas personas que se marchaban, pero ninguna se parecía a Tolman. El tipo no podía haberse escapado, había...

Se volvió hacia atrás justo a tiempo para ver que Tolman avanzaba lentamente por el pasillo central. El tipo volvía a mirar su teléfono móvil.



—¡Sesenta mil millones este año! ¡Doscientos mil millones el que viene! ¡Quinientos mil millones dentro de cinco años! ¡Ese es el futuro de nuestro sector, y ese es el porvenir que ofrecemos a la humanidad!

De súbito, la multitud se puso en pie y dedicó a Watson una ovación; por un momento a Vasco le resultó imposible seguir con la mirada a Tolman.

Aunque solo por un momento. Tolman se dirigía ahora a la puerta central. Vasco se dio media vuelta y salió por la puerta lateral al pasillo en el mismo instante en que lo hacía Tolman, quien parpadeaba ofuscado por la luz.

El hombre miró el reloj y avanzó por el corredor más lejano, pasando junto a los grandes ventanales orientados hacia la réplica en ladrillo rojo del campanario de San Marcos del hotel Venetian, radiantemente iluminado de noche. Se dirigía a la zona de la piscina, o tal vez al patio. A esas horas ambos espacios se encontrarían muy concurridos.

Vasco lo siguió de cerca.

Pensaba que ya lo tenía.

Jack Watson se paseaba por el salón de baile sonriendo y saludando con la mano a la multitud que lo aclamaba.

—Gracias, gracias. Son muy amables. Gracias... —Cada vez que pronunciaba las palabras agachaba un poco la cabeza. La dosis de modestia precisa.

Rick Diehl soltó un resoplido de desagrado al observarlo. Diehl se encontraba entre bastidores, siguiéndolo todo a través de un pequeño monitor en blanco y negro. Tenía treinta y cuatro años y era el director general de BioGen Research, una nueva empresa de Los Ángeles que pujaba por abrirse paso en el campo de la investigación. La actuación de su inversor externo más importante le había producido un gran desasosiego pues sabía que, a pesar de la actitud alentadora y las fotografías de prensa en las que aparecía junto a sonrientes niños de color, Jack Watson era un ser auténticamente despreciable. Tal como había dicho otra



persona: «Lo mejor que puedo afirmar de Watson es que no es un sádico. Solo es un hijo de puta de marca mayor».

Diehl había aceptado la financiación de Watson con muchísima reticencia. Habría preferido no necesitarla. La esposa de Diehl era rica y él había fundado BioGen con su dinero. Su primera operación como director general había consistido en realizar una oferta por una línea celular propiedad de la UCLA: la línea celular Burnet. Se había desarrollado a partir de Frank Burnet, un hombre cuyo organismo producía unas moléculas químicas llamadas citocinas que resultaban muy eficaces contra el cáncer.

En realidad Diehl no esperaba conseguir la línea, pero así fue, y de pronto se encontró en la tesitura de tener que prepararse para que la FDA aprobara los ensayos clínicos. El coste de los ensayos empezó siendo de un millón de dólares, y pronto ascendió hasta los diez por cada uno, eso sin tener en cuenta los costes colaterales y los posteriores gastos de comercialización. No podía depender únicamente del dinero de su esposa. Necesitaba financiación externa.

Fue entonces cuando descubrió lo arriesgado que consideraban los capitalistas invertir en citocinas. Muchas de estas moléculas, como por ejemplo las interleucinas, habían tardado años en salir al mercado. Se sabía que existían muchas otras que podían resultar peligrosas, incluso mortales, para los pacientes. Y encima a Frank Burnet no se le había ocurrido otra cosa que entablar una demanda judicial y sembrar dudas acerca de que BioGen fuera la propietaria de la línea celular. A Diehl le había costado mucho trabajo conseguir que los inversores accedieran aun a reunirse con él. Al final había tenido que aceptar la ayuda del sonriente y siempre bronceado Jack Watson.

Sin embargo, sabía muy bien que Watson no pretendía otra cosa que apoderarse de BioGen y propinarle a él, Rick Diehl, una patada en el culo.

—¡Jack! ¡El discurso ha sido magnífico! ¡Magnífico! —Rick le tendió la mano a Watson cuando por fin este se dirigió al camerino.



—Sí. Me alegro de que te haya gustado. —Watson no le devolvió el saludo. En vez de eso, se desprendió del transmisor inalámbrico y se lo colocó en la palma de la mano a Diehl—. Guárdame esto, Rick.

—Claro, Jack.

—¿Ha venido tu esposa?

—No, Karen no ha podido venir. —Diehl se encogió de hombros—. Ha tenido que quedarse con los niños.

—Es una pena que se haya perdido el discurso —opinó Watson.

—Ya le diré que vea el DVD —repuso Diehl.

—Hemos conseguido que las noticias lleguen ahí fuera —dijo Watson—. Esa es la cuestión. Ahora todo el mundo sabe que hay una demanda judicial en marcha y que Burnet se ha portado mal, y también que nosotros llevamos las de ganar. Eso es lo que importa. La empresa se encuentra perfectamente posicionada.

—¿Por eso accediste a dar el discurso? —preguntó Diehl.

Watson se lo quedó mirando.

—¿Y qué coño creías? ¿Que tenía muchas ganas de venir a Las Vegas? —A continuación se desprendió del micrófono y se lo entregó a Diehl—. Guárdame esto también.

—Claro, Jack.

Jack Watson se dio media vuelta y se alejó de él sin decir nada más. Rick Diehl se estremeció. Pensó que era una suerte que Karen tuviera dinero. De otro modo, estaría más que sentenciado.

Vasco Borden atravesó la arcada del Palacio Ducal y salió al patio siguiendo al fugitivo, Eddie Tolman, entre la concurrencia nocturna. Oyó un chisporroteo en el auricular. Debía de ser Dolly, su ayudante, desde otro lugar del hotel. Se llevó la mano a la oreja.

—Adelante —dijo.

—El calvo, Tolman, ha planeado una noche de lo más entretenida.

—¿De verdad?

—Sí, tiene...



—Espera —la interrumpió Vasco—, un momento.

Vasco no daba crédito a lo que tenía enfrente. En la zona derecha del patio vio a Jack B. Watson junto a una sensual morenaza mezclándose con la multitud. Watson tenía fama de andar siempre acompañado de mujeres guapísimas. Todas trabajaban para él. Eran muy inteligentes y de una belleza deslumbrante.

A Vasco no le sorprendió el aspecto de la mujer, lo que le llamó la atención fue ver que se dirigían en línea recta hacia Eddie Tolman, el fugitivo. Aquello no tenía ningún sentido. Aunque Tolman pretendiera cerrar algún trato con Watson, el conocido inversor nunca accedería a encontrarse con él personalmente. Y aún menos en un lugar público. Sin embargo, allí estaban, camino de colisionar en medio del transitado patio del Venetian, justo delante de sus narices.

¡Caray! No podía creer que algo así estuviera a punto de ocurrir.

En ese momento, la morenaza dio un pequeño traspíe y se detuvo. Llevaba un vestido corto muy ceñido y zapatos de tacón. Se apoyó en el hombro de Watson, flexionó la pierna por la rodilla mostrándola cuan larga era y examinó su zapato. Ajustó la tirita que lo sujetaba y se incorporó sonriendo a Watson. Vasco dejó de mirarlos un momento y se percató de que Tolman había desaparecido.

En ese instante, Watson y la mujer pasaban junto a él, tan cerca que percibió el aroma del perfume de ella y oyó que Watson le susurraba unas palabras; ella le dio un ligero apretón en el brazo y apoyó la cabeza en su hombro mientras seguían avanzando. Una pareja de lo más romántica.

¿Habría sido un simple accidente? O ¿lo habían planeado? ¿Lo habrían hecho para burlarlo? Presionó el auricular.

—Dolly, lo he perdido.

—No hay problema. Lo tengo yo. —Vasco alzó la vista. Dolly se encontraba en el segundo piso y divisaba a todas las personas de la planta baja—. ¿Es Jack Watson el que acaba de pasar?

—Sí, me parece que...

—No, no —lo interrumpió Dolly—. Es imposible que Wat-



son esté metido en esto. No es su estilo. El calvo se dirige a su habitación porque tiene una cita. Eso era lo que empezaba a contarte. Le aguarda una noche muy entretenida.

—¿En qué consiste el entretenimiento?

—Es una rusa. Parece que le gustan mucho las rusas. Las altas.

—¿La conocemos?

—No, pero he conseguido un poco de información. Y he hecho que coloquen cámaras en la suite.

—¿Cómo te las has arreglado? —No tuvo más remedio que sonreír.

—Digamos que las medidas de seguridad del Venetian no son lo que eran. Claro que también ha bajado de precio.

Irina Katayeva, de veintidós años, llamó a la puerta. Llevaba en la mano una botella de vino dentro de una bolsita de terciopelo cuyo extremo superior estaba fruncido por unas cintas. Un chico de aproximadamente treinta años abrió la puerta, sonriente. No era atractivo.

—¿Eres Eddie?

—Sí. Pasa.

—Te he traído esto, de la caja fuerte del hotel. —Le entregó el vino.

Al ver la escena reproducida en el pequeño monitor portátil, Vasco observó:

—Se lo ha entregado en el pasillo, saldrá reflejado en la pantalla de seguridad. ¿Por qué no ha esperado a estar dentro de la habitación?

—A lo mejor le han pedido que lo haga así —aventuró Dolly.

—Debe de medir un metro ochenta. ¿Qué sabemos de ella?

—Habla muy bien inglés. Lleva cuatro años en el país. Estudia en la universidad.

—¿Trabaja en el hotel?

—No.

—Así, ¿no es una profesional? —preguntó Vasco.

—Estamos en Nevada —respondió Dolly.



En la pantalla se vio cómo la joven rusa entraba en la habitación y la puerta se cerraba. Vasco accionó el sintonizador del monitor de vídeo y eligió una de las cámaras interiores. El chico se alojaba en una suite muy grande, de casi doscientos metros cuadrados, decorada al estilo veneciano. La joven asintió y sonrió.

—Una habitación muy bonita.

—Sí. ¿Te apetece tomar algo?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo tiempo. —Se llevó la mano a la espalda, se bajó la cremallera del vestido y este quedó colgando de sus hombros. Se dio media vuelta fingiendo desconcierto y dejó que el chico observara su espalda desnuda hasta las nalgas—. ¿Dónde está el dormitorio?

—Es por aquí, nena.

Mientras entraban en el dormitorio, Vasco volvió a accionar el sintonizador. La estancia apareció en pantalla justo cuando la chica decía:

—No sé a qué te dedicas y no quiero saberlo. Hablar de trabajo es aburridísimo. —Dejó que el vestido cayera al suelo. Lo sorteó y se tendió encima de la cama. Solo llevaba puestos los zapatos de tacón y se los quitó de sendas patadas—. Me parece que no quieres tomar nada —dijo—. Yo, te aseguro que no.

Tolman se arrojó sobre ella y cayó haciendo una especie de ruido sordo. Ella soltó un gruñido pero trató de sonreír.

—Calma, tío. —Él jadeaba y resollaba. Quiso alcanzar el pelo de ella para acariciarlo—. Deja tranquilo el pelo —le espetó la joven, y se dio media vuelta para apartarse—. Túmbate y déjame complacerte —añadió.

—¡Caray! —exclamó Vasco mirando la diminuta pantalla—. ¿Qué te parece? No ha durado ni un minuto. Con una mujer así, cualquiera diría...

—Eso ahora da igual —lo interrumpió Dolly por el auricular—. Ella ya se está vistiendo.

—Pues sí —convino Vasco—. Y a toda prisa.



—Se supone que tiene que dedicarle media hora, y ni siquiera he visto que él le haya pagado.

—Yo tampoco. El caso es que él también se está vistiendo.

—Se llevan algo entre manos —opinó Dolly—. La chica va hacia la puerta.

Vasco accionó el mando con el pulgar para tratar de obtener una visión desde otra cámara, pero solo captó interferencias.

—No veo una mierda.

—La chica se marcha. Él se queda allí. No, espera... Él también se marcha.

—¿Sí?

—Sí. Y se lleva la botella de vino.

—Muy bien —dijo Vasco—. ¿Y adónde va?

Los embriones congelados podían transportarse gracias al nitrógeno líquido contenido en un vaso Dewar, un termo de acero inoxidable cuyo interior estaba revestido de vidrio de borosilicato. Los vasos Dewar solían ser grandes, del tamaño y la forma de una jarra de leche, pero también podían encontrarse recipientes de un litro de capacidad. Un vaso Dewar no tenía la forma de una botella de vino porque el tapón y la boca eran anchos, pero el tamaño sí que podía ser parecido. Era evidente que cabía en la bolsita de terciopelo.

—Seguro que los tiene él —dijo Vasco—. Los lleva dentro de la bolsa.

—Me imagino que sí —repuso Dolly—. ¿Aún los ves?

—Sí.

Vasco alcanzó a la pareja en la planta baja, cerca de la parada de góndolas. Caminaban cogidos del brazo y el chico llevaba la botella de vino derecha, sujeta con la parte interior del codo. Era una extraña forma de transportarla; además, ellos formaban una pareja curiosa: una chica guapísima y un tipo tímido de andar desgarrado. Avanzaban junto al canal y apenas miraban las tiendas al pasar.

—Van a reunirse con alguien —opinó Vasco.



—Ya los tengo —dijo Dolly.

Vasco escrutó la calle abarrotada y vio a Dolly en el extremo opuesto. La chica tenía veintiocho años y un aspecto normal y corriente. Dolly podía hacerse pasar por cualquier persona: contable, novia, secretaria o ayudante. Siempre daba el pego. Esa noche iba vestida al estilo de Las Vegas: llevaba el pelo rubio crepado y un vestido brillante con un gran escote. Le sobraban algunos kilos y aquello hacía que el conjunto resultara perfecto. Vasco llevaba con ella cuatro años; trabajaban bien juntos. Su relación personal, sin embargo, era solo pasable. Ella no podía soportar que él fumara puros en la cama.

—Van hacia el vestíbulo —lo informó Dolly—. No, acaban de dar media vuelta.

El vestíbulo principal era un espacio enorme de forma ovalada con un techo muy alto revestido de oropel, lámparas de luz tenue y columnas de mármol. Hacía parecer enanas a las personas que lo atravesaban. Vasco se detuvo y se hizo a un lado.

—¿Han cambiado de idea? ¿O tratan de despistarnos?

—Creo que lo hacen por precaución.

—Bueno, ha llegado el gran momento. —Más que capturar al fugitivo, lo que les interesaba era averiguar a quién iba a entregarle los embriones. Estaba claro que se trataba de alguno de los asistentes al congreso.

—Ya no falta mucho —dijo Dolly.

Rick Diehl se paseaba arriba y abajo junto a las tiendas que daban al canal, con el teléfono móvil en la mano. No prestaba atención a los escaparates, donde se exponían cosas carísimas que él nunca se compraría. Diehl era el tercer hijo de un médico de Baltimore. Los otros chicos de la familia estudiaron medicina y se hicieron tocólogos, como su padre, pero Diehl no quiso tomar ese camino y se dedicó a la investigación. Al final la presión familiar lo obligó a trasladarse al oeste del país. Se dedicó un tiempo a la investigación genética en la UCSF, pero acabó interesándole más el espíritu empresarial que se respiraba en el campus. Daba



la impresión de que todos los profesores que valían la pena habían fundado alguna empresa o formaban parte del consejo de administración de varias compañías biotecnológicas. Durante la hora de la comida, las conversaciones trataban de transferencia de tecnología, de licencias cruzadas, de remuneración progresiva, de compra y pago de acciones, del pasado y el futuro de los derechos de propiedad intelectual...

Para entonces, Karen, la esposa de Rick, había percibido una herencia sustancial y él se dio cuenta de que contaba con el capital suficiente para hacer su incursión. El Área de la Bahía estaba atiborrada de empresas. Había mucha competencia y el espacio disponible era escaso y estaba caro; por eso decidió establecerse en el norte de Los Ángeles, donde situó las enormes instalaciones de Amgen. Diehl construyó una planta modernísima, contrató equipos brillantes y se puso en marcha. Su padre y sus hermanos acudieron a visitar la empresa. Quedaron muy impresionados.

Pero... ¿por qué no lo llamaba su esposa? Miró el reloj. Eran las nueve en punto. Los niños ya tendrían que estar durmiendo, y Karen tendría que estar en casa. La empleada doméstica le había dicho que se había marchado hacía una hora, no sabía adónde, pero Karen nunca salía sin el móvil. Seguro que lo llevaba encima. Entonces, ¿por qué no lo llamaba?

No lo comprendía, y el asunto le estaba haciendo perder los nervios. Allí estaba él, solo en esa maldita ciudad que exhibía más mujeres hermosas por metro cuadrado de las que él había visto en toda su vida. Claro que eran medio de plástico, estaban reto-cadas por todas partes, pero no por eso dejaban de ser muy, pero que muy atractivas.

Frente a él, vio a un chico desgarbado acompañado de una joven altísima que andaba encumbrada en sus zapatos de tacón de aguja. Era espectacular: morena, de piel satinada y figura esbelta y explosiva. El patoso debía de haber pagado para que le hiciera compañía, aunque era evidente que no le daba la importancia que se merecía. Sujetaba la botella de vino como si fuera un bebé y estaba tan nervioso que iba a ponerse a sudar de un momento a otro.



Y la chica... Santo Dios. Era explosiva. ¡Explosiva!
¿Por qué coño no lo llamaba Karen?, pensó.

—¡Eh! —exclamó Vasco—. Mira, mira. Por ahí va el de Bio-Gen. Se pasea como si no tuviera nada que hacer.

—Ya lo veo —dijo Dolly. Se encontraba una manzana por delante de él.

—Déjalo, da igual.

Tolman y la chica rusa pasaron junto al tipo de BioGen, quien se limitó a abrir el teléfono móvil y marcar un número. ¿Cómo se llamaba? Diehl. Vasco había oído hablar de él. Había fundado una empresa con el dinero de su esposa y ahora ella tenía la sartén por el mango. O algo parecido. Era una mujer riquísima, de una de las familias más antiguas del Este; estaba forrada. Las mujeres así siempre llevaban bien puestos los pantalones.

—Van al restaurante —lo informó Dolly—. Están entrando en el Terrazzo.

El Terrazzo Antico era un restaurante de dos plantas con galerías acristaladas. Por la decoración, parecía una casa de putas. Todo era dorado: las columnas, el techo, las paredes... Las superficies estaban cargadas de adornos. Vasco se asustó con solo echar un vistazo.

La pareja entró en el local. Pasaron por delante del mostrador de recepción y se dirigieron a una mesa lateral, en la que Vasco vio a un tipo recio con aspecto de matón. Tenía la piel morena y unas cejas muy pobladas. Al mirar a la chica rusa, se le caía literalmente la baba.

Tolman fue directamente hacia allí y entabló conversación con el hombre de piel morena. El tipo parecía desconcertado. No lo invitó a sentarse. Vasco pensó que algo debía de ir mal. La rusa había retrocedido un paso.

En ese momento destelló un flash. Dolly había tomado una fotografía. Tolman se volvió, comprendió lo que estaba ocurriendo y salió disparado.

—¡Mierda! ¡Dolly!



Vasco salió corriendo detrás de Tolman, que se adentraba en el restaurante. Un camarero alzó las manos para detenerlo.

—Perdone, señor...

Vasco lo tiró al suelo y siguió corriendo. Tolman le llevaba ventaja, pero iba más lento de lo que podía para no agitar demasiado la valiosa botella de vino. No sabía muy bien adónde se dirigía. No conocía el restaurante; se limitaba a correr. Abrió de golpe unas puertas abatibles y se encontró en la cocina. Vasco le pisaba los talones. Todo el mundo les gritaba y algunos de los cocineros blandían sus cuchillos en el aire pero Tolman los apartó de un empujón, parecía convencido de que en la cocina había una puerta trasera.

Sin embargo no era así. Estaba atrapado. Miró alrededor con desesperación. Vasco aminoró la marcha y le mostró una placa contenida en un billetero de aspecto oficial.

—Queda usted detenido —lo informó.

Tolman se encogió atemorizado; detrás tenía dos cámaras frigoríficas y una puerta estrecha con una pequeña ventanilla vertical en medio. Tolman se deslizó por la puerta y esta se cerró tras él.

Al lado, parpadeó un piloto.

Era un ascensor de servicio.

«Mierda.»

—¿Adónde lleva?

—Al segundo piso.

—¿A ningún sitio más?

—No. Solo al segundo piso.

Vasco presionó el auricular.

—¿Dolly?

—Estoy en ello —dijo. La oyó jadear mientras subía la escalera.

Vasco se apostó frente a la puerta del ascensor y aguardó. Accionó el botón para hacer bajar el aparato.

—Estoy delante del ascensor —lo informó Dolly—. Lo he visto. Volvía a bajar.

—Este ascensor es diminuto —dijo Vasco.



—Ya lo sé.

—Si lleva nitrógeno líquido, no debería permanecer ahí.

Unos años atrás, Vasco había perseguido a un fugitivo por un almacén de material de laboratorio. El tipo había estado a punto de ahogarse por haberse encerrado en un armario.

El ascensor bajó. En cuanto se detuvo, Vasco tiró del pomo para abrir la puerta, pero Tolman debía de haber accionado algún dispositivo de emergencia puesto que no lo consiguió. Vio la bolsa de terciopelo en el suelo. Estaba arrugada y dejaba al descubierto el borde de acero inoxidable del termo.

Y este estaba destapado. La boca aparecía rodeada de espuma blanca.

A través del cristal, Tolman lo miraba con ojos furibundos.

—Sal, hijo —lo instó Vasco—. No hagas locuras.

Tolman negó con la cabeza.

—Es peligroso —le advirtió Vasco—. Ya lo sabes.

Aun así, el chico accionó un botón y el ascensor volvió a subir.

Vasco tuvo un mal presentimiento.

El chico lo sabía. Sabía muy bien lo que hacía.

—Aquí está —dijo Dolly, que permanecía en el segundo piso—. Pero la puerta no se abre. No. Vuelve a bajar.

—Vuelve a la mesa —le ordenó Vasco—. Déjalo estar.

Ella comprendió enseguida lo que quería decir. Se dirigió corriendo a la lujosa escalera enmoquetada de terciopelo rojo y volvió a la planta baja. No le sorprendió ver que la mesa antes ocupada por el hombre con aspecto de matón estaba vacía. Ni rastro del matón. Ni rastro de la belleza rusa. Solo había un billete de cien dólares debajo de un vaso. Había pagado en efectivo; cómo no.

Y había desaparecido.

Vasco se encontraba ahora rodeado por tres miembros del equipo de seguridad del hotel que hablaban a la vez. Les sacaba



media cabeza. De pie en medio del corro, les gritó para que se callaran.

—Quiero saber una cosa. ¿Cómo podemos abrir el ascensor?

—Debe de haber bloqueado el automatismo.

—Díganme cómo podemos abrirlo.

—Tendremos que desconectarlo de la corriente.

—¿Así se abrirá?

—No, pero cuando esté parado podemos ponerle una cuña.

—¿Cuánto tiempo nos llevará eso?

—Unos diez o quince minutos. No importa, el chico no tiene escapatoria.

—Sí, sí que la tiene —replicó Vasco.

El guardia de seguridad se echó a reír.

—¿Adónde coño va a ir?

El ascensor volvió a bajar. Tolman estaba de rodillas y tapaba el cristal.

—Levántate —lo instó Vasco—. Levántate, levántate. Vamos, hijo, no vale la pena. Ponte de pie.

De súbito, el chico se quedó con los ojos en blanco y cayó de espaldas. El ascensor empezó a subir.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó uno de los guardias de seguridad—. Por lo menos dígame quién es.

«Qué mierda», pensó Vasco.

El chico había bloqueado de algún modo el automatismo del ascensor. Tardaron cuarenta minutos en conseguir abrir la puerta y sacarlo de allí. Ya llevaba muerto un buen rato, por supuesto. Al caer, había quedado inmerso en una atmósfera invadida al cien por cien de nitrógeno, por culpa del gas que emanaba del termo. Como aquel elemento pesaba más que el aire, había ido saturando el ascensor progresivamente de abajo arriba. Cuando el chico cayó de espaldas, ya casi había perdido el conocimiento y no debió de tardar ni un minuto en fallecer.

Los guardias de seguridad querían saber qué contenía el recipiente, del cual ya no salía humo. Vasco se enfundó unos guantes



y extrajo el largo tubo metálico. Allí no había nada, solo una serie de fijaciones vacías que debían de haber albergado los embriones. Se los habían llevado.

—¿Quiere decir que se ha suicidado? —preguntó uno de los vigilantes.

—Eso es —confirmó Vasco—. Trabajaba en un laboratorio de embriología. Conocía lo peligroso que resulta el nitrógeno líquido en un espacio reducido. —El nitrógeno provocaba más accidentes mortales en el laboratorio que ningún otro producto químico, y la mitad de las víctimas eran personas que trataban de ayudar a algún compañero que se había desmayado por culpa de encontrarse en un espacio reducido—. Era la única forma que tenía de escapar de una situación difícil —concluyó Vasco.

Cuando más tarde se dirigía a casa en coche junto con Dolly, esta le preguntó:

—Así, ¿qué ha ocurrido con los embriones?

Vasco sacudió la cabeza.

—Ni idea. El chico no los tenía.

—¿Crees que se los ha llevado la rusa antes de subir a su habitación?

—Lo que está claro es que alguien los ha sacado de allí. —Vasco suspiró—. ¿En el hotel no la conocen?

—Han revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad. No saben quién es.

—¿No decías que era estudiante?

—Fue a la universidad el año pasado. Este año no llegó a matricularse.

—Así que se ha esfumado.

—Sí —afirmó Dolly—. Ella, el hombre moreno y los embriones. Todo se ha esfumado.

—Me gustaría saber cuál es la relación entre todo esto —dijo Vasco.

—A lo mejor no hay ninguna —opinó Dolly.



—No sería la primera vez —respondió Vasco.
Un poco más adelante divisó las luces de neón de un bar de carretera en medio del paisaje desierto. Se acercó hasta allí. Necesitaba tomar algo.





C001

La división 48 del Tribunal Superior de Los Ángeles se encontraba en una sala revestida con paneles de madera y dominada por el gran sello del estado de California. El espacio era reducido y la decoración resultaba rancia. La alfombra roja aparecía raída y vetada de mugre. La madera que recubría el estrado estaba astillada; además faltaba un fluorescente, por lo que la tribuna del jurado quedaba más oscura que el resto de la sala. Los propios miembros del jurado vestían de manera informal, con vaqueros y camisa de manga corta. La silla del juez crujía cada vez que el honorable Davis Pike se volvía a mirar la pantalla de su ordenador portátil, lo cual ocurrió varias veces durante el día. Alex Burnet sospechaba que se dedicaba a leer e-mails o a comprobar el estado de sus acciones.

En general, aquel tribunal parecía un extraño lugar para litigar sobre aspectos complejos relacionados con la biotecnología. Sin embargo, eso era lo que habían estado haciendo durante las dos últimas semanas en el caso «Frank M. Burnet contra el consejo rector de la Universidad de California».

Alex, de treinta y dos años, era una abogada de éxito y una socia menor del bufete. Se sentaba en la mesa de la parte demandante, junto a los otros abogados de su padre, y en aquellos momentos observaba a este subir al estrado a testificar. Aunque le sonreía en señal de apoyo, en realidad estaba preocupadísima por cómo le iría.

Frank Burnet era un hombre fornido que no aparentaba los cincuenta y un años que tenía. De aspecto saludable, parecía muy



seguro de sí mismo al prestar juramento. Alex sabía que la apariencia enérgica de su padre podía hacerle perder el caso. Y para colmo, la publicidad anterior a la celebración del juicio había resultado de lo más negativa. El equipo de relaciones públicas de Rick Diehl había trabajado con tesón para presentar a su padre como un hombre ingrato, un especulador rapaz y sin escrúpulos. Una persona que faltaba a su palabra y a quien solo le interesaba el dinero.

Nada de eso era verdad. En realidad, lo cierto era justamente todo lo contrario. No obstante, ningún periodista se había molestado en telefonar a su padre para interesarse por su versión de la historia. Ni uno solo. Detrás de Rick Diehl se apostaba Jack Watson, el famoso filántropo. Los medios de comunicación habían dado por hecho que Watson era el bueno y, por tanto, su padre era el malo. En cuanto dicha versión de la pantomima moral apareció en el *New York Times* (por obra del columnista de la sección de cultura y espectáculos), todos los demás siguieron la misma línea. El *L. A. Times* contenía un extenso artículo que se sumaba a la opinión de la edición de Nueva York y trataba de superarla en el empeño por vilipendiar a su padre. Los sensacionalistas informativos locales recordaban a diario la historia del hombre que pretendía impedir el progreso de la medicina y que se atrevía a criticar a la UCLA, una institución de gran renombre, la cuna de la universidad por excelencia. Media docena de cámaras los seguían a ella y a su padre cada vez que subían la escalera del palacio de justicia.

Sus propios esfuerzos por difundir la historia se habían frustrado del todo. El asesor mediático que había contratado su padre era bastante eficiente; aun así, no podía competir con la maquinaria carísima y perfectamente engrasada de Jack Watson.

En consecuencia, los miembros del jurado eran conocedores del asunto y parte de sus entresijos ya desde antes del juicio, lo cual había conllevado mayor presión para su padre, pues a este ya no solo se le exigía que contara su historia sino también que se redimiera y contrarrestara así el perjuicio que le había causado la prensa antes incluso de subir al estrado.



El abogado de su padre se puso en pie e inició el turno de preguntas.

—Señor Burnet, vamos a remontarnos al mes de junio de hace unos ocho años. ¿A qué se dedicaba en esa época?

—Trabajaba en la construcción —contestó su padre con voz segura—. Supervisaba las soldaduras del gasoducto de Calgary.

—¿Cuándo sospechó por primera vez que estaba enfermo?

—Cuando empecé a despertarme por las noches empapado en sudor.

—¿Tenía fiebre?

—Creo que sí.

—¿Acudió al médico?

—Al principio no, tardé un tiempo. Pensaba que sería la gripe o algo así. Pero no dejaba de sudar. Al cabo de un mes, empecé a sentirme muy débil. Entonces fui al médico.

—¿Qué le dijo el doctor?

—Me diagnosticó un tumor en el abdomen, y me recomendó el mejor especialista de la costa Oeste. Me contó que formaba parte del equipo docente del UCLA Medical Center, en Los Ángeles.

—¿De quién se trataba?

—Del doctor Michael Gross. Es ese. —Su padre señaló al acusado, que se encontraba sentado a la mesa contigua. Alex no volvió la vista. Siguió fijándola en su padre.

—Así que el doctor Gross lo visitó.

—Sí.

—¿Efectuó un examen médico?

—Sí.

—¿Le hizo alguna prueba en el momento?

—Sí. Me hizo un análisis de sangre y radiografías, también me hizo un TAC de cuerpo entero. Y tomó una muestra de la médula ósea para una biopsia.

—¿Cómo le hicieron eso exactamente, señor Burnet?

—Me clavarón una aguja en el hueso de la cadera, justo aquí. La aguja me atravesó el hueso hasta la médula. Luego extrajeron una muestra y la analizaron.



—Y cuando acabó con las pruebas, ¿obtuvo un diagnóstico?

—Sí. Me dijo que tenía leucemia linfoblástica aguda.

—¿Qué entendió usted que tenía?

—Cáncer de la médula ósea.

—¿Le propuso el doctor algún tratamiento?

—Sí. Me recomendó una intervención quirúrgica y quimioterapia.

—¿Le dijo cuál era el pronóstico? ¿Cuál preveía él que sería el resultado?

—No muy bueno.

—¿Fue más específico?

—Me dijo que era probable que me quedara menos de un año de vida.

—Ante esa respuesta, ¿consultó a otro médico?

—Sí.

—Y ¿cuál fue el resultado?

—Bueno, él... confirmó el diagnóstico. —Su padre hizo una pausa y se mordió el labio; hacía esfuerzos por no emocionarse. Alex estaba sorprendida. El hombre era un tipo duro y normalmente se mostraba impasible. Se sintió preocupada por él, aunque sabía que esa reacción emocional podía ayudarle a ganar el caso—. Me asusté mucho, mucho —confesó su padre—. Todos me decían... que no me quedaba mucho tiempo de vida. —Bajó la cabeza.

En la sala del tribunal se hizo un silencio sepulcral.

—Señor Burnet, ¿quiere un vaso de agua?

—No, estoy bien. —Alzó la cabeza y se pasó la mano por la frente.

—Por favor, continúe cuando pueda.

—Pedí una tercera opinión. Todo el mundo me dijo que el doctor Gross era el mejor especialista en la enfermedad.

—Así, inició el tratamiento con el doctor Gross.

—Sí, eso hice.

Su padre parecía haber recobrado la serenidad. Alex se recostó en la silla y respiró hondo. La declaración prosiguió sin dificultades a partir de ese punto. Su padre había relatado aquel episo-



dio decenas de veces. Él, un hombre que temía por su vida, había depositado toda su fe en el doctor Gross. Se había sometido a una intervención quirúrgica y a un tratamiento de quimioterapia bajo la supervisión del especialista. En el curso de un año, los síntomas de la enfermedad habían ido remitiendo y el doctor Gross pareció convencido de que su padre estaba bien y de que el tratamiento se había completado con éxito.

—¿Efectuó después el doctor un seguimiento periódico?

—Sí. Iba a verlo cada tres meses.

—¿Cuáles eran los resultados?

—Todo era normal. Había ganado peso, volvía a sentirme fuerte y me crecía otra vez el pelo. Estaba bien.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Aproximadamente un año después, tras una de las revisiones, el doctor Gross me dijo que tenía que hacerme más pruebas.

—¿Le explicó por qué?

—Me dijo que ciertos valores sanguíneos no eran normales.

—¿Especificó en qué consistían las pruebas?

—No.

—¿Le dijo que el cáncer se había reproducido?

—No, pero eso era lo que yo me temía. Hasta aquel momento no me había repetido ninguna prueba. —Su padre se removió en el asiento—. Le pregunté si el cáncer había reaparecido y él me dijo que de momento no, pero que tenía que realizar un examen exhaustivo. Me recalcó que tendría que someterme a pruebas de forma continuada.

—¿Cómo reaccionó usted?

—Estaba aterrorizado. La segunda vez fue peor que la primera. Cuando empecé a encontrarme mal por primera vez, me preparé mentalmente para el diagnóstico. Sin embargo, me recuperé y me sentí revivir; tenía la oportunidad de volver a empezar. Entonces recibí la terrorífica llamada telefónica.

—Creía que estaba enfermo otra vez.

—Claro. Si no, ¿por qué iba a querer el médico hacerme más pruebas?

—¿Estaba asustado?



—Aterrorizado.

Alex, al ver cómo iba el interrogatorio, pensó que era una pena que no contaran con fotografías. Su padre parecía radiante y lleno de energía. Recordaba la época en que se le veía débil, delicado de salud y con el rostro ceniciento. Las prendas le quedaban holgadas y tenía un aspecto moribundo. Ahora, en cambio, se le veía fuerte; por fin su apariencia revelaba al albañil que había sido toda su vida. No parecía un hombre que se asustara fácilmente. Alex sabía que todas aquellas preguntas eran esenciales para establecer una base sobre la que demostrar el fraude y también los daños psicológicos. No obstante, tenían que andarse con cuidado. Por desgracia, el abogado que dirigía el turno de preguntas tenía la mala costumbre de soslayar sus propias anotaciones una vez que la declaración estaba en marcha.

El letrado prosiguió:

—¿Qué ocurrió después, señor Burnet?

—Me sometí a las pruebas. El doctor Gross las repitió todas. Incluso llegó a hacerme otra biopsia del hígado.

—¿Cuál fue la conclusión?

—Me dijo que volviera al cabo de seis meses.

—¿Por qué motivo?

—No me lo explicó. Solo dijo que volviera al cabo de seis meses.

—¿Cómo se sentía usted en aquellos momentos?

—Me encontraba bien. De todas formas, estaba convencido de haber sufrido una recaída.

—¿Se lo confirmó el doctor Gross?

—No, no me dijo nada. Ninguna persona del hospital me dijo nada. Solo insistían en que volviera al cabo de seis meses.

Era lógico que el padre de Alex creyera que seguía estando enfermo. Conoció a una mujer con quien podría haberse casado, sin embargo no lo hizo porque estaba convencido de que le quedaba poco tiempo de vida. Vendió la casa y se trasladó a un piso pequeño para amortizar la hipoteca.



—Al oírlo, se diría que estaba aguardando a morir —intervino el abogado.

—¡Protesto!

—Retiro la pregunta. Sigamos, señor Burnet. ¿Cuánto tiempo estuvo yendo a la UCLA para someterse a pruebas médicas?

—Cuatro años.

—Cuatro años. Y ¿cuándo empezó a sospechar que no le estaban diciendo la verdad acerca de su estado de salud?

—Bueno, al cabo de cuatro años me seguía encontrando bien. No me había ocurrido nada. Cada día esperaba que aparecieran síntomas, pero ese momento no llegaba. Sin embargo, el doctor Gross insistía en que debía continuar haciéndome pruebas y más pruebas. Para entonces, me había trasladado a San Diego. Le propuse hacerme allí los análisis y enviárselos, pero él se negó; me dijo que tenía que hacérmelos en la UCLA.

—¿Por qué motivo?

—Decía que se fiaba más de su laboratorio. La respuesta era absurda. Además, no paraba de presentarme impresos para que los firmara.

—¿Qué tipo de impresos?

—Al principio eran formularios de consentimiento, tenía que firmarlos para que quedara constancia de que estaba de acuerdo en someterme a un proceso que entrañaba riesgos. Los documentos tenían una o dos páginas. Sin embargo, pronto empezó a presentarme otros en los que se afirmaba que yo accedía a participar en un proyecto de investigación. Cada vez que volvía a la consulta me presentaba nuevos formularios. Los últimos tenían diez páginas, eran documentos redactados en un denso lenguaje jurídico.

—Y usted ¿los firmó?

—Los últimos no.

—¿Por qué?

—Porque algunos eran autorizaciones para comercializar mis tejidos.

—¿Eso le molestó?

—Por supuesto. Pensé que no me había dicho la verdad, no me había contado lo que estaba haciendo, cuál era el verdadero



motivo de las pruebas. Durante una de las visitas, le pregunté directamente al doctor Gross si pensaba utilizar las muestras de mis tejidos para fines comerciales. Lo negó rotundamente; dijo que su único interés era investigar. Por eso me presté a seguir adelante y firmé todos los impresos a excepción de los que autorizaban el uso comercial de mis tejidos.

—¿Qué ocurrió después?

—El doctor se enfadó mucho. Dijo que no podría seguir tratándome a menos que firmara todos los impresos, que estaba poniendo en peligro mi salud y mi futuro. Me advirtió que cometía un gran error.

—¡Protesto! ¡No hay pruebas!

—De acuerdo. Señor Burnet, cuando se negó a firmar los formularios, ¿dejó el doctor Gross de tratarlo?

—Sí.

—Y entonces consultó a un abogado.

—Sí.

—Y ¿qué descubrió?

—Que el doctor Gross había vendido mis células, las que había extraído de mi organismo mediante todas aquellas pruebas, a una empresa farmacéutica llamada BioGen.

—¿Cómo se sintió al oír eso?

—Me quedé de piedra —aseguró el padre de Alex—. Había acudido al doctor Gross porque estaba enfermo y asustado, y en ese momento era muy vulnerable. Confiaba en él, confiaba en mi médico. Había dejado mi vida en sus manos, y al final resultaba que me había estado mintiendo y asustando innecesariamente durante años, todo para robar parte de mi organismo y hacer negocio con él. Para su propio beneficio. Yo no le preocupaba en absoluto, solo quería mis células.

—¿Sabe cuánto dinero valen sus células?

—La empresa farmacéutica afirmó haber pagado tres mil millones de dólares.

Los miembros del jurado exhalaban sendos gritos ahogados.